

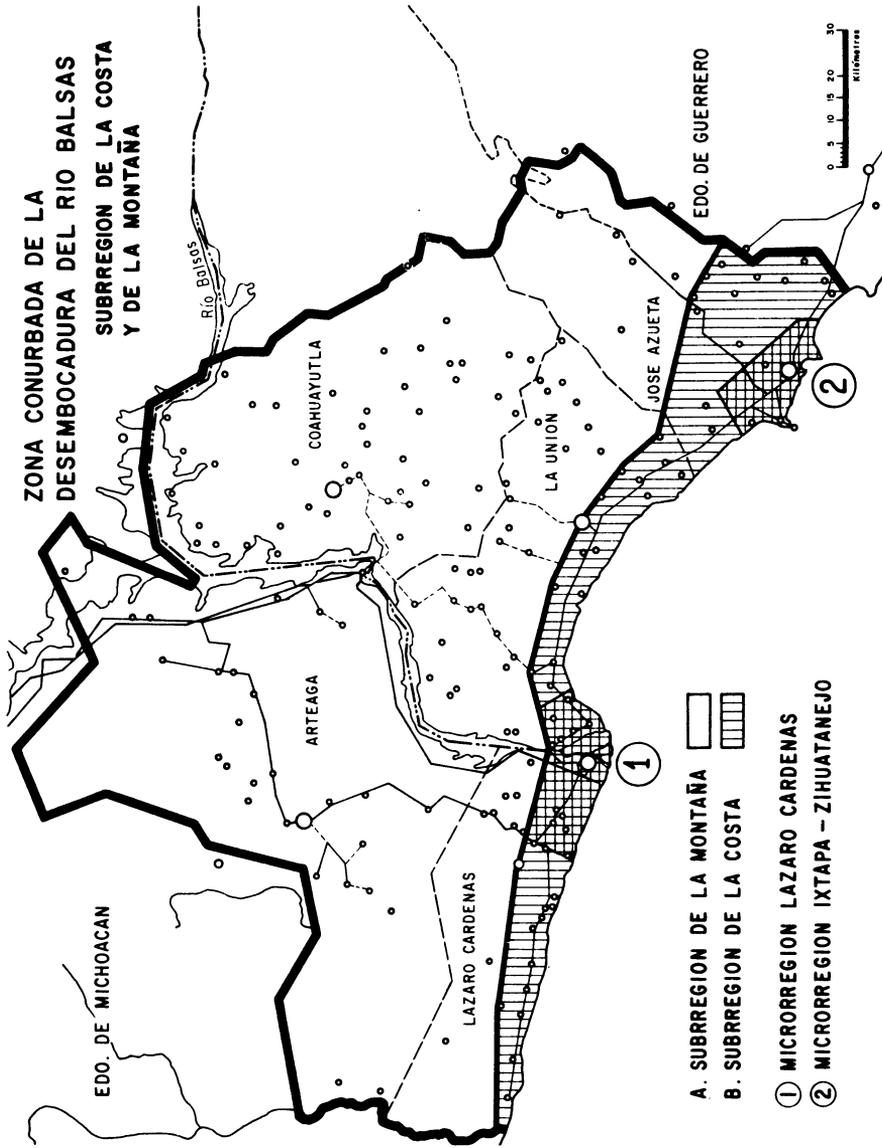
ESTRUCTURA SOCIAL AGRARIA DE LA REGION POLARIZADA ZIHUATANEJO - LAZARO CARDENAS

ALFREDO R. PUCCIARELLI
El Colegio de México

EN EL AÑO 1976 EL GOBIERNO Nacional estableció los límites físicos de la Zona Conurbada del Río Balsas y creó la Comisión de Conurbación del mismo nombre para que confeccione un plan de ordenamiento territorial y programe un conjunto de inversiones complementarias en los cinco municipios que rodean los conglomerados urbanos de Ixtapa-Zihuatanejo y Lázaro Cárdenas.¹ Los estudios realizados posteriormente han puesto de manifiesto que ese nuevo diseño espacial no constituye por ahora una región.² Es una superposición relativamente arbitraria de fracciones territoriales heterogéneas, con diversos procesos de organización social que no se hallan integrados todavía. Es, entonces, sólo un proyecto de región que la voluntad de intervención estatal transforma en un caso típico de "región plan", donde el futuro imaginado cobra más relevancia que la organización territorial y las relaciones sociales concretas de su población actual. Estas evidentes limitaciones, agudizadas por la presencia de los nuevos enclaves urbanos, no son, sin embargo, obstáculos insalvables. Es posible invertir la ten-

¹ Los municipios de la Zona Conurbada son: Arteaga y Lázaro Cárdenas, ubicados al oeste del río Balsas en el estado de Michoacán, y Coahuayutla, La Unión y José Azueta en el margen opuesta correspondiente al estado de Guerrero. (Ver mapa con división subregional.)

² CONURBAL: Plan de ordenación de la Zona Conurbada del Río Balsas, México, 1979.



dencia actual y transformar a la "región plan" en un nuevo espacio integrado por actividades económicas complementarias, destinadas a enriquecer la producción y el intercambio regional. Para lograr ese objetivo es necesario modificar, principalmente, la marcada orientación unilateral de crecimiento sectorial e incorporar al futuro proceso de desarrollo, las actividades semimarginales de la población campesina diseminada en el territorio.

En este artículo presentamos algunos resultados obtenidos en una investigación colectiva más amplia, destinada a analizar, precisamente, las características de la estructura social agraria, su relación con los recursos naturales existentes, su distribución espacial, su nivel de desarrollo, etc., y sobre todo sus posibilidades reales de acoplamiento a una nueva dinámica de crecimiento regional articulado.³ La elaboración de los datos empíricos, obtenidos mediante encuesta, se halla todavía en un nivel predominantemente descriptivo, identifica algunos rasgos de la estructura agraria, pero no explica adecuadamente la lógica subyacente de la configuración territorial ni la naturaleza de las leyes que guían la evolución de los sujetos sociales y su papel en la organización social.

I. EL AMBITO REGIONAL

Como veremos más adelante, la economía agraria de la región es una de las más atrasadas del país. Si exceptuamos el área de cultivos permanentes, localizada en las inmediaciones de los dos conglomerados urbanos, el crecimiento de los polos parece no haber estimulado la expansión de la frontera agrícola ni el aumento del volumen de la escasa producción existente. Producto de un aislamiento físico y social heredado de tiempos inmemorables, la población rural no ha podido superar, todavía, los enormes obstáculos físicos que le opone el territorio, ni aprovechar adecuadamente los pocos recursos naturales ubicados en las áreas ecológicamente favorables. Históricamente condicionada por estos factores y por la rigidez de una estructura social arcaica, la mayor parte del campesinado se asienta en parcelas minifundistas de temporal, donde aún predomina la producción de subsistencia, realizada con criterios atrasados y depredatorios de uso del suelo, arraigado tradicionalismo tecnológico y muy bajos rendimientos de la tierra y el trabajo.

Cuando esto ocurre, la ocupación del territorio y la localización de los asentamientos humanos dependen mucho más de los accidentes naturales que de los procesos de trabajo destinados a transformarlos. En este caso, la orientación de

³ La investigación fue realizada en 1980 por cuenta de CONURBAL; en colaboración con Jorge Padua y Francisco Zapata, se redactó un primer informe que contiene análisis sobre la evolución demográfica, la estructura agraria, la infraestructura social, la organización social de las comunidades rurales y la dinámica regional. Los datos se obtuvieron de una encuesta por muestreo a comisarios ejidales, ejidatarios y pequeños propietarios. También se realizaron entrevistas a informantes clave y se aplicaron cuestionarios a presidentes municipales, responsables de centros de salud y directores de escuelas primarias, secundarias y preparatorias.

la producción y la distribución de la población tratan de adaptarse, en gran medida, a las condiciones impuestas por la presencia dominante de los macizos montañosos de la Sierra Madre del Sur, que se desplaza en forma paralela a la línea de la costa y cubre la enorme mayoría de la superficie regional. El resto lo constituye una delgada franja de terrenos planos y semiplanos, aldeaños al litoral marítimo, con bajos relieves que no superan los 200 metros de altura sobre el nivel del mar.

Los procesos sociales de explotación y organización del territorio en ambos contextos ecológicos han sido sensiblemente diferentes. En los valles de la alta montaña la población se aglutina alrededor de pequeños centros rurales, en su mayor parte rancherías incomunicadas, esparcidas en las estribaciones de la sierra, donde aparecen los síntomas más agudos del estancamiento, el aislamiento físico, la pobreza campesina y el atraso sociocultural. La costa, en cambio, es un área completamente accesible. Se halla dotada de recursos naturales más abundantes cuya explotación está siendo incentivada por el crecimiento del enclave portuario industrial, por la expansión del complejo turístico y por la implantación de una nueva infraestructura, destinada a vincularla con el resto del país. Por esa razón, allí se ha concentrado, durante los últimos quince años, la casi totalidad de los asentamientos urbanos y la mayor parte de población.

La "región plan" debe ser descompuesta, por consiguiente, en dos subregiones. La subregión de la montaña, una sucesión de pequeños espacios discontinuos, un conglomerado de microestructuras sociales de base campesina que no ha sido interferido, todavía, por la presencia de los nuevos enclaves. Y la subregión de la costa, donde ocurre todo lo contrario, el espacio se halla en un importante proceso de reorganización y la estructura social ha comenzado a mostrar síntomas de modificación, aunque los efectos inducidos por las inversiones del Estado en el medio rural son incipientes todavía. La totalidad de estas transformaciones se ha concentrado sin embargo, en los entornos agrícolas inmediatos a los dos grandes conglomerados urbanos. Han constituido de ese modo dos microregiones con características sensiblemente distintas a las del resto de la franja costera. La más importante coincide con los límites de Distrito de Riego J.M. Morelos que circunda el conglomerado urbano de Lázaro Cárdenas. La otra tiene el centro de Zihuatanejo y se halla constituida por un pequeño conjunto de localidades, ubicadas a ambos lados, sobre el eje de la carretera principal, próximas al litoral marítimo.⁴

El uso del suelo

A pesar de su extensa superficie, la región cuenta con escasos recursos naturales aptos para la explotación agroganadera. Condicionada por la presencia dominante del macizo montañoso de la Sierra Madre del Sur, la superficie presenta una gran variedad de relieves altimétricos y abundancia de suelos delgados, con

⁴ Para un análisis exhaustivo de las diferencias fisiográficas y ecológicas de la región, ver: "Nextia, S.A., Plan ecológico de la Zona Conurbada del Río Balsas", México, 1980, mimeo.

base pedregosa, plagados de obstrucciones superficiales, altamente susceptibles a la erosión hídrica y eólica. Se les encuentra cubiertos, generalmente, de vegetación natural, bosques bajos y matorrales donde se realizan actividades económicas muy poco productivas. En un área reducida, ubicada en el extremo suroccidental de la subregión de la sierra, se desarrollan bosques de altura, en los cuales se ha iniciado un tipo de explotación comercial depredadora que acabará con ese recurso dentro de muy poco tiempo.

Los suelos con aptitud para la ganadería ocupan la mayor parte de la superficie explotable. Reúnen casi 200 000 has, el 18 por ciento del total, se localizan en los altos valles de la sierra, en los taludes de pendientes suaves y en algunos lomeríos de la subregión de la costa. Allí predomina el pastoreo extensivo y la agricultura trashumante, una primitiva estrategia de producción que, mediante la tala indiscriminada de las especies protectoras de la solidez química y mecánica del suelo, ha provocado un avance alarmante de la erosión. El área potencialmente agrícola es un poco más reducida. Los pequeños bolsones de suelos cultivables esparcidos en la montaña y el continuo de la franja costera abarcan 1 800 000 has, una superficie tres veces mayor a la actualmente explotada. La componen terrenos planos y semiplanos, con texturas adecuadas, buena capacidad de germinación y cierta invulnerabilidad de los elementos erosionantes que predominan en la región.⁵

Estructura de la producción

La superficie cultivada en la región cubría, en el año 1980, un poco menos de 44 000 has, que significaban sólo un 70 por ciento de la superficie agrícola de labor registrada en el cuadro 1. Dentro de ella existen sólo dos tipos de cultivos predominantes: el maíz que ocupa el 44 por ciento del total y se localiza preferentemente en la subregión de la montaña, y el coco que absorbe el 31 por ciento y se ha desarrollado exclusivamente en la subregión de la costa. En las zonas altas, temporaleras, el maíz se complementa con áreas reducidas de ajonjolí y calahuate, del mismo modo que el coco se explota asociado, algunas veces, con plátanos y coexiste con pequeñas plantaciones de frutas tropicales que apenas ocupan el 10 por ciento del total; las superficies dedicadas a la siembra de frijol y a cultivos intensivos de ciclo corto son prácticamente despreciables.

Una distribución de cultivos tan simple como ésta, dominada, además, por productos tradicionales con baja retribución en el mercado, se halla condenada a generar un muy bajo valor global de producción: sólo 661 millones de pesos que distribuidos en la superficie significan nada más que 15 000 pesos por hectárea y por año (cuadro 2). Este exiguo resultado desciende más aún cuando se toman solamente los cultivos temporaleros de ciclo corto: en relación con la superficie sembrada arrojan un rendimiento monetario de 6 200 pesos por hectárea, una cifra que significa menos de la mitad del valor medio regional. El maíz, ocupando

⁵ Nextia, S.A., Estudio del uso del actual suelo. Identificación y delimitación de áreas agropecuarias potenciales. México, 1981, mimeo.

Cuadro 1

Uso del suelo por régimen de propiedad en la zona conurbada
del río Balsas, 1980

Uso del suelo	Tipo de propiedad	estatal	privada	total
Agrícola	riego	6.205	2.425	8.630
	temporal	39.921	14.912	54.833
	total	46.126	17.337	63.463
Ganadería	intensiva	8.500	1.500	10.000
	extensiva	114.790	194.710	309.500
	total	123.290	196.210	319.500
	agrícola y ganadera	41.000	20.000	61.000
	forestal	78.717	43.079	121.796
	otras	193.868	53.374	247.242
	Total	483.000	330.000	813.000

Fuente: Elaboración en base a datos de: "Inventario del recurso tierra".
Distritos de temporal No. VI y VIII. SARH.

el 44 por ciento de la superficie, sólo genera el 16 por ciento del valor total de la producción y su valor medio es el más bajo, 5 600 pesos por hectárea. La producción intensiva de hortalizas es poco significativa en relación al uso del suelo; sus rendimientos económicos se ubican, en cambio, en el extremo opuesto: 176 has sembradas producen 11.6 millones de pesos o, lo que es lo mismo, 66 136 pesos por hectárea.

El área de cultivos permanentes tiene un rendimiento mucho más alto que el de los cultivos temporales de ciclo corto. Distribuidos en una superficie de casi 20 000 has, el 45 por ciento del total, genera un valor de 510.5 millones de pesos, el 77.2 por ciento de la producción regional. Estas cifras elevan, obviamente, el valor medio por hectárea a casi 26 000 pesos, que sigue siendo bajo por la gran

Cuadro 2

Superficie sembrada agrícola y valor de la producción
en la zona conurbada del río Balsas, 1980

Producto	Superficie ocupada		Volumen de Producc.	Valor de la Producción	
	Hectáreas	%	Toneladas	Miles de \$	%
maíz	19.320	43.9	24.366	108.428	16.4
ajonjolí	2.747	6.2	1.585	18.229	2.8
frijol	698	1.6	462	5.548	0.8
cacahuate	689	1.6	838	4.625	0.7
frutas y hortalizas	176	0.4	2.234	11.640	1.8
sorgo	623	1.4	748	2.170	0.3
coco	13.750	31.3	24.000	216.000	33.7
plátano	1.830	4.2	46.800	117.000	17.7
mango	1.500	3.4	18.000	108.000	16.3
papayo	545	1.2	10.260	41.040	6.2
otros frutales					
permanentes	480	1.1	1.036	3.124	0.5
frutales permanentes					
asociados	615	1.4	5.756	25.347	3.8
otros	1.000	2.3	s/d	s/d	-
Total	43.973	100.0	136.085	661.154	100.0

Fuente: Estimación en base a datos de distritos de temporal L. Cárdenas, Petatlán y Distrito de Riego J.M. Morelos.

influencia que en él tiene la explotación de la copra. En efecto, los cocotales de la costa ocupan 13 750 has, el 73 por ciento de la superficie con desarrollo de plantas permanentes, pero generan solamente 216 millones de pesos y un valor medio por hectárea de 15 700 pesos, cifra muy similar a la del promedio regional.

Los resultados obtenidos con los cultivos permanentes no tradicionales —plátano, mango y papaya— ubican las perspectivas de desarrollo agrícola regional en un nivel más promisorio. Ocupan, junto con otros tipos de frutales en desarrollo, sólo 6 000 has, pero han logrado generar casi 300 millones de pesos, con un valor medio de 50 250 pesos por hectárea. En esta nueva línea de producción, impulsada por la existencia de agua para riego en los entornos agrícolas de las dos

microrregiones, se destaca el alto valor económico del papayo, una especie que tiende a expandirse muy rápidamente. A pesar de su reciente implantación, genera el 6 por ciento del valor regional ocupando una superficie que apenas supera el 1 por ciento del total. A él se une el mango, cultivo más antiguo, de gestación más lenta, que produce en la actualidad el 16 por ciento del valor con el 3.4 por ciento de la tierra; con valores medios que oscilan alrededor de los 75 000 pesos por hectárea, los rendimientos más altos del suelo agrícola, ambas estrategias de producción parecen indicar la línea del futuro desarrollo y modernización que induce la evolución de los conglomerados urbanos. Un nuevo esquema de crecimiento sectorial con serias repercusiones sobre las posibilidades futuras de integración regional que analizaremos más adelante.⁶

La producción ganadera presenta, como hemos dicho, una imagen semejante. Heredadas de varias generaciones anteriores, las prácticas de pastoreo continúan reproduciendo sin modificaciones, procedimientos tradicionales de cría, alimentación y mantenimiento. De las 125 000 cabezas existentes en la región (cuadro 3) la mayoría pertenece a razas de doble propósito, productoras de carne y leche

Cuadro 3

Producción ganadera en la zona conurbada del río Balsas, 1980

	Vacunos	Porcinos	Ovinos	Caprinos	Equinos	Aves
J. Azueta	20.000	16.000	146	3.300	3.760	49.150
La Unión	25.700	15.000	400	4.200	1.600	42.000
Coahuayutla	35.300	17.000	170	2.070	4.200	77.130
Arteaga	33.000	12.000	100	1.400	4.800	36.300
L. Cárdenas	11.000	8.700	-	460	1.500	51.000
Región	125.000	68.700	816	11.430	15.860	255.580

Estimaciones en base a:

Pider, región 38, Costa grande de Guerrero: Programa agropecuario para el año 1970.

Distrito de Temporal No. V. SARH: Programa de Desarrollo agropecuario en el municipio de Coahuayutla. 1980.

Conurbal: Diagnóstico agropecuario de la zona conurbada de la desembocadura de río Balsas. 1980.

⁶ Nextia, S.A., *op.cit.*

pero con muy bajo contenido de esta última por la escasa capacidad nutricional de los pastos naturales que crecen en la montaña. No se utilizan métodos de estabulación, ensilaje de pastos forrajeros, ni dietas complementarias. No hay adecuados sistemas de almacenamiento de agua que eviten la escasez y los excesivos desplazamientos del ganado durante la época de sequía. Los planteles no son pequeños, pero los ejemplares son de carne magra, tienen poco peso y se hallan afectados por altos índices de mortalidad y una escasa capacidad de reproducción. Sólo se excluyen de esta caracterización las empresas ejidales que, con asistencia técnica y buenos niveles de inversión, se están desarrollando en tierras planas de la subregión de la costa. En la montaña en cambio, la producción ejidal y privada maneja criterios abiertamente depredadores de los recursos naturales que inutilizarán por erosión extensas zonas de los valles superiores en un breve plazo.⁷

Extensión de las explotaciones

Los datos referidos al régimen de tenencia de la tierra (cuadro 4) confirman que la ganadería extensiva se halla íntimamente vinculada con el predominio territorial del neolatifundio. Sobre un total regional de 10 940 explotaciones, 341 grandes haciendas pecuarias superiores a las 250 has, controlan 229 000 has que significan el 70 por ciento de las tierras no ejidales y casi el 30 por ciento de la superficie ocupada total. Dentro de ese grupo se destaca un núcleo más reducido aún que con 59 latifundios de más de 1 000 has cada uno reúnen un poco menos de 100 000 has. Si pudiéramos relacionar estas cifras con la distribución territorial de los planteles ganaderos demostraríamos estadísticamente, un fenómeno que desde hace mucho tiempo es evidente para los campesinos de la montaña: la concentración de la propiedad territorial y la acumulación de la riqueza ganadera en pocas grandes haciendas constituye la base material del poder económico y social de los grupos dominantes regionales. Una pequeña aristocracia rentista que no obtiene sus ganancias de la explotación campesina, sino del control de los mejores recursos naturales. Una pequeña fracción de terratenientes tradicionales que vive en las grandes ciudades, maneja sus intereses inmediatos por medio de administradores y defiende sus tierras de invasiones potenciales a través de un sistema de alianzas con las formas del poder local. Un poder local que cambia su esquema en cada una de las áreas microrregionales, pero se apoya en la confluencia de intereses, algunas veces entremezclados, que tienen comerciantes acaparadores de la producción campesina y pequeños propietarios que controlan superficies de 50 a 250 has. Este último grupo es un poco más amplio, reúne el 25 por ciento de las explotaciones privadas y ocupa el 20 por ciento de la tierra no ejidal.

En un escalón inferior, difícil de ubicar precisamente, se ubican las parcelas privadas de 25 a 50 has y las ejidales superiores a 20 has. Aquí, agricultura y ganadería se combinan de diverso modo, pero con predominio de la primera. Los

⁷ SARH: Informe de la Dirección General de Sanidad Vegetal. Petatlán, estado de Guerrero, año 1980.

Cuadro 4

Explotaciones agropecuarias en la zona conurbada del río Balsas,
1980

		I número de parcelas ejidales						
		0-10	11- 20	+20	S/inf.	T o t a l		
extensión	(hs)							
número		3.477	3.581	426	1.333	8 817		
		II número y superficie de explotaciones privadas						
		0-25	26	51	215	501	+1.000	Total
extensión	(hs)		50	250	500	1.000		
número		809	448	531	182	100	59	2 129
superficie		9 700	16.300	65.000	58.000	75.200	96.000	330.000
		III número y superficie total de explotaciones						
		0-25	26	101	+500	T o t a l		
extensión	(hs)		100	500				
ejidal	número	8.391	426			8 817		
	superficie	115.141	15.000			130.141		
privada	número	809	721	434	159	2 123		
	superficie	9.700	37.300	112 000	170.000	329.000		
total	número	9.200	1.147	434	159	10.940		
	superficie	124.841	52.300	112.000	170.000	459.141		

Fuentes: S.R.A.: Historiales agrarios
Tesorería del Estado de Michoacán y Guerrero.

niveles actuales de producción y productividad han permitido el surgimiento de la acumulación campesina, un nuevo fenómeno claramente observable en las áreas con desarrollo de plantaciones frutícolas permanentes y en los ejidos que han permitido el acaparamiento de las tierras comunales de agostadero. Aunque es el grupo más dinámico y receptivo a las innovaciones introducidas en los últimos años, se halla lejos todavía de desempeñar un rol preponderante en la economía agraria, reúne unas 1 000 explotaciones y sólo el 7 por ciento de la superficie total.

Las unidades menores de 25 has son definitivamente agrícolas y contienen la inmensa mayoría de las tierras de labor. Son la base fundamental de las econo-

mías campesinas tradicionales, la posibilidad de reproducción del universo campesino, en donde la forma de tenencia ejidal tiene un peso abrumador. Aglutinan un poco más de 124 000 has, el 27 por ciento de la superficie explotada, pero en ella se ocupan 9 200 familias, el 84 por ciento del total, dentro del cual la pequeña propiedad representa sólo el 8 por ciento. El volumen real de este tipo de explotaciones se halla, sin embargo, subestimado en una proporción difícil de calcular. Por encima de las 10 has en tierras de buen temporal y poca pendiente, las parcelas posibilitan la reproducción estable de las economías campesinas, que no pueden acumular excedentes, pero tampoco presentan los signos alarmantes de descomposición del estrato ubicado debajo de ellas. El proceso de acaparamiento intraejidal y el crecimiento demográfico han desvirtuado hace tiempo las normas originales del reparto agrario. Las dotaciones originales se han dividido y subdividido tantas veces como ha sido posible para dar albergue y ocupación a los hijos de ejidatarios y al creciente número de avecindados que engrosan los contingentes campesinos en la mayoría de las localidades. Esto ha dado paso al minifundismo, un fenómeno demasiado generalizado que reproduce en escala reducida todos los vicios y limitaciones que afectan a la estructura agraria del país. La desproporcionada presión demográfica sobre la tierra ha tendido a aliviarse, desplazando a los grupos de menos recursos hacia el arrendamiento de tierras privadas o hacia la periferia de la superficie de labor ejidal, bosques o terrenos cerriles en los cuales abundan pequeñas explotaciones de agricultores trashumantes que intentan ampliar la frontera utilizando el método de "roza, tumba y quema".⁸

Por otra parte, el tamaño de las parcelas se modifica aceleradamente debido a la creciente influencia que está adquiriendo el proceso de "diferenciación interna" entre los productores ejidales. Por un lado, se extiende el acaparamiento y concentración de las mejores tierras, en manos de un pequeño grupo privilegiado, que amplía sus dotaciones originales aprovechando las ventajas del control político de la localidad y del control administrativo del ejido. Por otro lado, la tendencia contrapuesta, descomposición de la economía campesina, abandono de parcelas, fraccionamiento excesivo, pérdida del control de los procesos productivos, endeudamiento y migración hacia los centros regionales en expansión. Ambos procesos se vinculan, a su vez, con el acaparamiento y usufructo ilegal de las tierras ejidales, un complemento imprescindible de la economía de temporal que está siendo sustraído sistemáticamente a la mayoría de la población ejidal en beneficio de ganaderos privados o de la pequeña cúpula que ejerce el poder ejidal.⁹

⁸ SARH: Distrito de temporal No. VIII. Diagnóstico agropecuario del Municipio de Coahuayutla. Poatlán, 1980.

⁹ Para una descripción detallada de las distintas modalidades de arrendamiento en el distrito de riego, ver: Christian Mercier, "Urbanisation et changement social dans un "ejido" irrigué de la côte pacifique mexicaine". México, 1979, mimeo.

II. LAS ECONOMÍAS CAMPESINAS DEL SECTOR EJIDAL

Distribución y extensión de las parcelas: el proceso de diferenciación interna

En el párrafo anterior decíamos que la organización ejidal se está convirtiendo en una especie de cascarón formal que oculta y encubre el proceso de diferenciación interna producido por la creciente mercantilización de las economías campesinas. Esto significa enriquecimiento y concentración de recursos para unos pocos ejidatarios y crisis para la mayoría de los campesinos minifundistas, afectados por el empobrecimiento del suelo, la sobreexplotación de las parcelas, la improductividad de sus técnicas arcaicas y la incesante presión demográfica sobre un área de cultivos que tiene muy pocas posibilidades de expandir su frontera. En efecto, los datos del cuadro 5 revelan que sólo el 24 por ciento de los ejidatarios encuestados conservan parcelas con superficies aproximadamente iguales a las de las dotaciones originales. El 50 por ciento de las unidades ha entrado, en cambio, en el proceso de fraccionamiento y minifundización, especialmente la fracción inferior, el estrato más definido, que engloba al 36 por ciento de las explotaciones con extensiones menores de 5 hectáreas. En el extremo opuesto se puede ubicar la base territorial, la condición de existencia y crecimiento de los campesinos ricos, el nuevo germen de la agricultura empresarial,

Cuadro 5

Superficie de las parcelas ejidales en la zona conurbada del río Balsas, 1980

Municipio	-2 hs	21-5 hs	5.1-10 hs	10.1-20 hs	20.1-50 hs	50y+ hs	Nr	T o t a l
J. Azueta	12	19	29	26	20	3	1	110
Coahuayutla	9	44	33	7	2	0	8	103
L. Unión	14	20	38	18	13	2	17	122
Arteaga	5	12	10	9	0	1	9	46
L. Cárdenas	5	24	14	14	6	1	2	66
Región	45	119	124	74	41	7	37	447

Fuente: Encuesta por muestreo a ejidatarios de la zona conurbada del río Balsas, 1980.

compuesto por las parcelas con más de 20 has, que ya representan un poco más del 10 por ciento del total.

En la costa, donde los efectos de la modernización y el desarrollo de las formas de organización empresarial están más avanzados, la tendencia a la concentración es más fuerte todavía, las parcelas con más de 20 has significan el 15 por ciento del total; pero, junto con ello la tendencia al fraccionamiento y minifundización es más débil, las unidades con menos de 5 hectáreas descienden al 30 por ciento. En la montaña, en cambio, donde el aislamiento de la mayoría de los ejidos, la precariedad de los recursos naturales, la ausencia de recursos económicos y la debilidad de las relaciones de mercado, mantienen frenado el proceso de modernización y la penetración del capital, la tendencia al acaparamiento de tierras es aún incipiente, las parcelas con más de 20 has representan sólo el 2 por ciento del total subregional. A pesar de ello, la degradación de las economías campesinas se halla más avanzada, la minifundización en terrenos abruptos con suelos frágiles y pedregosos alcanza al 50 por ciento de las parcelas que apenas logran superar una extensión media de 2 has cada una.

El uso del suelo

Los datos del cuadro 6 confirman que la producción ejidal de la región es fundamentalmente agrícola. El área del cultivo llega casi al 55 por ciento, mientras que la ganadería no ocupa más del 28 por ciento de la superficie parcelada. El poco peso relativo de las tierras de pastoreo no debe ser, sin embargo, mal interpretado; es necesario recordar que los pastos naturales en el ejido se explotan en la superficie de agostadero, terrenos de uso colectivo donde los ejidatarios con recursos pueden mantener sus pequeños lotes individuales de ganado. La superficie de agostadero representa en la región el 70 por ciento de la superficie ejidal y aunque la inmensa mayoría se halle cubierta por terrenos improductivos o acaparada por pequeños propietarios, la fracción restante es suficiente para ampliar el área utilizada por los ejidatarios hasta un nivel similar al porcentaje dedicado a cultivos agrícolas.

La ampliación de la superficie de pastos no significa, empero, que el volumen y el valor de la producción ganadera tenga un peso decisivo en la economía ejidal. Eso depende de la calidad de los recursos naturales, de las inversiones y de los métodos de producción que hace muy poco tiempo han comenzado a desarrollarse. El importante desarrollo de áreas cultivadas con pastos artificiales en los ejidos de la costa son un claro indicador de la introducción de nuevas prácticas pecuarias basadas en alimentación balanceada con ayuda de productos agrícolas y reducción de las tierras utilizadas para el pastoreo extensivo. En la montaña en cambio, la superficie ganadera es mucho más baja y dentro de ella la siembra de pastos forrajeros es prácticamente insignificante. Esta clara diferencia en el proceso de modernización agropecuaria sumada a la que ya existía en la producción agrícola, aumenta la distancia social que las separa y modificará, además, las líneas de especialización que caracterizaron durante mucho tiempo a los ejidos de ambas subregiones. En la montaña, la disminución de la agricultura de temporal va acompañada de un evidente estancamiento de la gana-

Cuadro 6

Uso del suelo en las parcelas ejidales de la zona conurbada del río Balsas, 1980

Municipio uso del suelo	cultivos	cultivos	pastos	pastos	bosques	no aptas	otras	tótal
	anuales	permanentes	cultivados	permanentes				
	Hs	Hs	Hs	Hs	Hs	Hs	Hs	Hs
J. Azueta	727	203	183	315	54	130	34	1.646
Coahuayutla	494	12	17	162	173	14	88	960
La Unión	782	412	212	302	158	121	226	2.213
Arteana	233	6	32	24	5	25	123	448
L. Cárdenas	183	263	134	297	27	15	-	919
Región	2 419	896	578	1 100	161	305	471	6 124

Fuente: Idem.

dería ejidal; en la costa, el abandono de esos cultivos son compensados y aun superados por el desarrollo de la fruticultura y la implantación reciente de la ganadería semiintensiva.

Con estos elementos nos acercamos a uno de los aspectos de la problemática regional que habremos de profundizar más adelante: el incremento de la brecha que separa a los ejidos de la sierra y la costa. No sólo cuenta la costa con mejores volúmenes de capital invertido, sino que los utiliza más intensivamente, la producción es más compleja y, dentro de la pobreza generalizada del sector, los niveles de ingreso y las condiciones sociales se hallan por encima de las que imperan en los valles intramontanos.

Las condiciones técnicas de la producción

Veamos ahora las características del proceso de innovación tecnológica en la región y los efectos que está produciendo en el incremento de la productividad de las parcelas ejidales, en la reorganización técnica y social del trabajo y en la generación del excedente económico.

Las cifras concernientes al tipo de energía de tracción empleado en las labores agrícolas nos brinda una elocuente imagen del atraso tecnológico que impera en

la producción ejidal y, a la vez, de la gran diferencia existente entre las subregiones de la costa y de la sierra. En efecto, del total de predios encuestados, sólo el 18 por ciento utiliza exclusivamente energía mecánica y un 20 por ciento adicional combina la tracción mecánica con el empleo de animales de trabajo. De los tractores utilizados, el 100 por ciento se encuentran en los municipios de la costa y dentro de ellos casi el 50 por ciento corresponden al municipio de L. Cárdenas. En la sierra no sólo faltan tractores, sino que el uso agrícola de vehículos de combustión es prácticamente desconocido, aparece en siete explotaciones combinado con animales de trabajo (cuadro 7).

El uso exclusivo de animales de labor es, entonces, el criterio predominante en los ejidos de la región. Representa el 40 por ciento del total, con la notable excepción de L. Cárdenas, donde el relieve del suelo, el peso de cultivos permanentes y el mayor grado de desarrollo capitalista ha reducido la tracción animal a niveles muy bajos, elevando los predios con tracción mecánica al 60 por ciento del total.

Los predios ejidales de la sierra, condicionados, como hemos dicho, por el re-

Cuadro 7

Tipo de energía, implementos y maquinaria utilizada por ejidatarios de la zona conurbada del río Balsas, 1980

I. Tipo de energía empleada								
Energía						Total		
	ninguna	animal	mecánica	animal y mecánica	N.R.			
Municipio								
J. Azueta	24	15	12	36	3	110		
Coahuayutla	9	91	0	1	2	103		
La Unión	22	24	32	38	6	122		
Arteaga	13	24	0	8	1	46		
L. Cárdenas	11	5	40	9	1	66		
Región	79	76	84	92	13	447		

II. Tipo de implementos y maquinaria								
Maquinaria								
	arado madera	arado hierro	rastras	sembradora	cultivadora	tractor	vehículos	carros
Municipio								
J. Azueta	35	35	8	1	4	3	12	6
Coahuayutla	63	23	0	0	0	1	0	0
La Unión	37	41	6	2	4	4	4	2
Arteaga	3	30	7	0	4	0	0	0
L. Cárdenas	4	17	8	1	3	3	6	0
Región	142	146	29	4	15	11	22	8

Fuente: Idem.

lieve del suelo, la escasa productividad y las dificultades para producir excedentes, han hecho cambios insignificantes en los métodos de producción que vienen utilizando desde tiempos inmemorables. La tracción animal y la siembra con espeque se halla presente en el 42 por ciento de las explotaciones, entre las cuales la tracción representa, a su vez, el 84 por ciento del grupo. En esta área la extrema compactación del suelo obliga a la utilización del arado para llevar su consistencia a niveles adecuados que permitan el proceso de germinación. A pesar de esa exigencia, que obliga a los campesinos pobres a realizar onerosos contratos de arrendamiento de animales de labor, es muy notable la persistencia de la agricultura manual, que todavía reúne el 20 por ciento de las parcelas.

Es necesario insistir, por último, en el obvio significado de la diferencia entre propiedad y utilización de los elementos mecánicos de labor. En el primer caso, la propiedad es sinónimo de modernización y acumulación de excedentes, proceso de capitalización que exige ampliar la dotación de tierra disponible. En el segundo caso, el arrendamiento de maquinaria ajena puede significar modernización, aumento de la productividad, ahorro de trabajo familiar, etc., pero no necesariamente un incremento en la capacidad de acumulación de las economías campesinas. Generalmente, los excedentes obtenidos con el aumento de la productividad de la tierra y el trabajo no pueden ser retenidos por un tipo de productor que no cuenta con el capital suficiente como para poder retribuir ese servicio antes de comercializar la producción. Esta necesidad de pago adelantado crea necesidades de créditos adicionales que se obtienen pagando intereses usurarios y comprometiendo la venta de la cosecha por adelantado, a precios de intermediario.

Este mecanismo de explotación de las economías campesinas en transición hacia la modernización se halla presente en la región, pero se atenúa en algunos ejidos bien organizados. Contando con algunos recursos o créditos pueden adquirir implementos mecánicos que controlan generalmente los campesinos acomodados sin que su utilización signifique pérdida de los mayores excedentes obtenidos. Este mecanismo de apoyo ejidal, en la práctica, refuerza, sin embargo, el proceso de diferenciación campesina intraejidal, puesto que el control se convierte en acaparamiento y uso discrecional de los ejidatarios acomodados, manipuladores en su beneficio del esquema de poder comunal.

La organización del trabajo

Una de las características que ha ido adquiriendo la organización ejidal de las últimas décadas, es la creciente combinación en la organización social del trabajo, de trabajo familiar con trabajo asalariado. Cuando la incorporación de trabajo asalariado se acompaña con mecanización, expansión de cultivos e integración en el mercado, es síntoma de la orientación de la economía campesina hacia la producción y acumulación de excedentes. Sin embargo, en la gran mayoría de las explotaciones ejidales de la región, la integración de trabajadores no familiares, permanentes y eventuales, debe ser interpretada de modo distinto. Ya hemos dicho que los procesos de mecanización y acumulación de tierras, premisas casi in-

dispensables para la transformación empresarial capitalista, se están dando casi exclusivamente en la subregión de la costa. Allí el trabajo asalariado permanente representa un 30 por ciento de la fuerza de trabajo total permanente aplicada a las unidades ejidales. Esta es una indicación significativa de las modificaciones que se han producido en la última década, especialmente en el área de la fruticultura y la ganadería. El volumen y el estilo de integración, de los trabajadores asalariados se halla condicionado, sin embargo, por los efectos que el desarrollo de los enclaves ha producido en el mercado de trabajo. La acelerada urbanización y la ampliación de oportunidades de colocación en la industria y los servicios han generado, por un lado, migraciones del campo a la ciudad y, por otro, incremento de las expectativas respecto al nivel de los salarios y de las condiciones de trabajo. En ese contexto, los intentos de transformación de las viejas unidades campesinas, impulsadas por el aumento de la demanda agrícola y por las múltiples presiones a la modernización, se hallan en una situación sumamente desventajosa para competir en el mercado de trabajo, ofreciendo condiciones equivalentes a las del medio urbano. Por esa razón, las estrategias de ampliación de cultivos y de aumentos en la acumulación de excedentes, tienden a soslayar esa limitación, incrementando la incorporación de técnicas ahorradoras de mano de obra y recurriendo a la contratación de personal eventual en los momentos más álgidos del proceso productivo. Favorecido por el carácter predominantemente frutícola, ese proceso de adaptación a la escasez de mano de obra, se observa claramente en L. Cárdenas (cuadro 8). Allí el número de trabajadores totales por unidad ejidal es el más bajo de la región —.1 trabajador por explotación— el número de asalariados permanentes, es prácticamente insignificante hasta el punto en que, el trabajo familiar, que es también el más bajo de la región, representa el 93 por ciento de trabajo permanente total; el trabajo eventual, en cambio, representa en épocas de cosecha, el 60 por ciento del trabajo total. Este rasgo de la organización del trabajo parece integrarse congruentemente con los indicadores de modernización, que hemos analizado anteriormente, pero, como ocurre en todos los procesos de transición, las conductas de los sujetos sociales involucrados suelen ser contradictorias. Por un lado, es evidente el intento de transformación empresarial, pero por el otro, es conocido que muchos productores para evitarse la contratación de mano de obra, en época de cosechas venden su producción “en lote”, estando el fruto todavía en la planta, a comerciantes acaparadores que han montado para ese efecto, verdaderas empresas de recolección y transporte. Por no integrarse decididamente en el mercado de trabajo, adecuando métodos y salarios a las exigencias del mercado, este productor en transición cede la mayor parte o todo el excedente generado al comerciante acaparador, frenando de ese modo su propio proceso de capitalización y desarrollo.

Si lo anterior es cierto, se debería esperar que en la subregión atrasada de la sierra, el fenómeno se presentara con signo opuesto o sea, reforzamiento del trabajo familiar e impenetrabilidad para absorber mano de obra extraejidal. Sin embargo, eso es cierto en un solo sentido, la mayor densidad del trabajo familiar por unidad productiva: mientras que en L. Cárdenas se observa una drástica reducción, 1.5 trabajadores por parcela promedio, en los municipios de la sierra y en los restantes de la costa, la relación se mantiene todavía alrededor de 3.2 trabajadores familiares por parcela. Lo que llama la atención en esos ejidos es el

Cuadro 8

Utilización de mano de obra en parcelas ejidales de la zona conurbada del río Balsas, 1980

Municipio	1980								
	B a r b e c h o		S i e m b r a		C o s e c h a				
	Productor y familia	Trabajadores eventuales	Productor y familia	Trabajadores eventuales	Productor y familia	Trabajadores eventuales			
	permanentes	permanentes	permanentes	permanentes	permanentes	permanentes			
Jose Azueta	440	462	330	440	550	330	440	649	330
Coahuayutla	180	49	52	206	52	103	206	82	99
La unión	395	366	195	448	366	190	464	378	195
Arteaga	174	110	124	171	119	105	174	119	105
Lázaro Cárdenas	79	90	13	84	132	10	99	165	7
Total	1 268	1 077	714	1 349	1 219	738	1 383	1 393	736

Fuente: Idem.

enorme peso del trabajo asalariado eventual y permanente. Este último representa alrededor del 35 por ciento del trabajo total permanente en la sierra y el 37 por ciento en los dos municipios restantes de la subregión de la costa. La explicación de este fenómeno debe partir, a nuestro criterio, de un principio totalmente opuesto, es decir, la tendencia al deterioro y/o la descomposición de la economía campesina, asociado al incremento demográfico, a la imposibilidad de dotar de tierra a los hijos de ejidatarios y al movimiento migratorio intra y extrarregional. El deterioro de la economía campesina obliga a los ejidatarios pobres a transformarse en asalariados temporarios durante una larga época del año. El crecimiento de las familias ejidales obliga a los hijos sin dotación a buscar empleo fuera de las parcelas dirigidas por sus padres. El creciente número de vecindados que busca ubicación en localidades diferentes de las de origen, aumenta el volumen de mano de obra disponible. Por último, las emigraciones hacia los enclaves o hacia los Estados Unidos en busca de trabajos más remunerativos y el desequilibrio prematuro que ello origina en la lógica de reproducción de la organización familiar, crea una nueva necesidad de mano de obra que puede ser satisfecha utilizando trabajadores crónicamente desempleados, mediante el pago de misérrimos salarios. En este caso, el exceso de oferta y absoluta escasez de oportunidades laborales, genera una tendencia a la sobreutilización de mano de obra barata por parte de las unidades ejidales que gracias al control de precarios recursos, pueden intentar el aumento de la producción sin modificar sustancialmente las técnicas tradicionales de cultivo. En tales circunstancias, no es la expansión de las explotaciones la que establece una nueva relación con el mercado de trabajo sino al contrario, es la objetiva presión de la oferta de trabajo rural, la que induce a su ocupación en términos generales de pobreza y baja productividad.¹⁰

Destino de la producción

Veamos ahora las características de la relación de las unidades de producción ejidal con el mercado, un tema que nos permite volver a analizar el problema de la composición de los cultivos en la parcela y del volumen de comercialización. En primer lugar, se destaca la escasa diversificación de estrategias de producción en las unidades ejidales donde predominan los cultivos de temporal. Allí donde no hay riego, la tierra se ocupa casi exclusivamente con sembradíos de maíz, que en muy pocos casos se combina con exiguas plantaciones de ajonjolí, cacahuete o alguna otra leguminosa. En la costa, especialmente en el área del distrito de riego, una tercera parte de las explotaciones de la subregión incorpora además, la producción de frutas. Más allá de esas estrategias agrícolas, sólo se encuentra la

¹⁰ En el diagnóstico de SARH, *op.cit.*, puede hallarse una somera descripción de algunas formas de utilización de mano de obra no ejidal, en las zonas más pobres de la montaña. En los ejidos más aislados del municipio de Arteaga, donde la emigración expulsa toda la mano de obra excedente, continúa utilizándose, todavía, el conocido sistema de colaboración denominado "presta manos". (Información recogida en cuestionarios a Comisarios Ejidales.)

producción ganadera, de la cual una sola parte se dedica a la comercialización y el resto a complementar el sistema de autoconsumo con leche y carne, en forma esporádica. Parece evidente que en la mayoría de las unidades no frutícolas, el ingreso monetario proviene, más que de la venta de los escasos productos que se extraen de la tierra, de los trabajos temporarios que puedan realizarse fuera de la parcela. En efecto, de las 280 unidades que producen maíz, más del 60 por ciento no comercializa la cosecha, sólo el 6 por ciento vende toda su producción y el 17 por ciento lleva al mercado más del 50 por ciento de lo que produce. Como es de esperar, este sistema impera básicamente en la sierra, donde la fracción no comercializada de maíz incluye a más del 70 por ciento de las parcelas. Allí también es donde el ajonjolí y el cacahuete le sirven de complemento para obtener ingresos monetarios, ya que el 90 por ciento de las unidades venden todo o casi todo el volumen de producción (cuadro 9).

Cuadro 9

Porcentaje de comercialización de productos, en parcelas ejidales de la zona conurbada del río Balsas, 1980

Municipio	Comercialización Producto	Comercialización					sin comerciar	NC/N.R.	Total
		100%	75%	50%	25%				
J. Azueta	maíz	4	5	7	14	18	22	110	
	ajonjolí	12	1	1	1	2	89	110	
	frutas	12	4	4	2	4	84	110	
	leche	4	5	7	1	15	78	110	
Coahuayutla	maíz	2	1	9	13	57	21	103	
	ajonjolí	20	1	0	0	1	81	103	
	frutas	0	1	2	0	1	99	103	
	leche	0	3	0	0	30	70	103	
L. Unión	maíz	3	7	5	7	58	47	122	
	ajonjolí	18	15	1	0	0	88	122	
	frutas	20	4	2	0	5	91	122	
	leche	2	5	3	1	30	81	122	
Arteaga	maíz	2	3	5	8	8	20	46	
	ajonjolí	6	0	0	1	1	38	46	
	frutas	0	0	0	0	0	46	46	
	leche	0	2	0	0	11	33	46	
L. Cárdenas	maíz	6	3	3	2	15	37	66	
	ajonjolí	1	1	1	0	0	63	66	
	frutas	30	2	1	0	0	34	66	
	leche	3	2	2	1	10	48	66	

Fuente: Idem.

Dentro de este contexto regional se escinde, con características distintas, L. Cárdenas. Allí las proporciones entre los cultivos se invierten, las unidades que producen maíz no alcanzan al 45 por ciento del total del municipio, pero además, las que venden toda o casi toda su producción, alcanzan al 25 por ciento de estas últimas. Si a ello le agregamos que de las unidades frutícolas más del 75 por ciento vende toda o casi toda su producción, podemos afirmar que las relaciones entre comercialización y autoconsumo de productos agrícolas presentan proporciones diametralmente opuestas a las de los municipios de la montaña. Este nuevo rasgo vuelve a reforzar la imagen de las sustanciales diferencias que existen entre la zona del distrito de riego, directamente influenciada por el enclave de L. Cárdenas, donde la agricultura mercantil se ha impuesto definitivamente sobre el resto; la subregión de la montaña en la que predomina la lógica de autosubsistencia y lo mercantil es sólo un débil complemento; y por último, el resto de la subregión costera, que mantiene transitoriamente ambos rasgos precariamente equilibrados, aunque se observa una clara tendencia a la mercantilización casi completa.

El crédito

La región recibe desde hace algunos años una pequeña porción de los enormes recursos financieros que el Estado ha orientado hacia el sector agrario para impulsar con créditos baratos el proceso de mercantilización, modernización y capitalización de las economías ejidales. Junto con los créditos, el Banrural introdujo en los ejidos sus propios métodos de fomento, reproduciendo, con algunas particularidades, los vicios y los resultados ya conocidos y señalados en otras áreas agrícolas del país. La estrategia de difusión de innovaciones, implementada por el Banco, puede sintetizarse del siguiente modo: crear primero la necesidad de asistencia financiera y exigir después cierta subordinación de la lógica de producción campesina a las directivas modernizadoras de sus promotores. Una vez que el campesino acepta la concesión del crédito, el instrumento de coacción es la entrega del dinero en cuotas bajo ciertas condiciones, entre las cuales se halla la imposición del cultivo, la obligación de adquirir instrumentos e insumos a sus agencias, la hipoteca sobre la cosecha futura, y el compromiso adelantado de aceptar sus canales de comercialización. Con esa garantía, el banco pretende asegurar, por un lado, la modificación del proceso productivo y, por otro, la recuperación del capital invertido. Con el valor del producto entregado por el campesino al final del ciclo, en los centros de acopio recibe el equivalente del dinero adelantado en cuotas, dejando al productor la diferencia en forma de ganancia neta. Un esquema bien diseñado, pero que, como se sabe, muy pocas veces logra su objetivo: ni el campesino modifica sustancialmente sus métodos ancestrales de producción, ni logra obtener el hipotético saldo monetario favorable en forma de ganancia. En el mejor de los casos las cuentas se emparejan, el campesino logra solventar con su trabajo el sustento familiar durante el período que recibe el crédito y debe recomenzar de la misma forma, con los mismos

recursos y bajo la misma relación de dependencia el nuevo proceso de producción, sin haber modificado significativamente su situación anterior.¹¹

En el marco que brindan estas consideraciones, es conveniente interpretar los datos de nuestra encuesta. El número de ejidatarios que recibieron crédito es bastante amplio, representa casi el 45 por ciento del total de ejidatarios y se halla distribuido en forma relativamente pareja entre los distintos municipios de la región (cuadro 10). Entre los campesinos restantes la no utilización del crédito obedece a distintas razones. En la zona de la sierra hay ejidos enteros que no han tomado contacto todavía con el Banco. Allí predominan las economías de auto-subsistencia y el poco adelanto que solicitan a veces, en forma de mercancías, tanto para la subsistencia como para organizar la producción, se los provee el comerciante monopolista bajo la forma de capital usurario, garantizado con el compromiso adelantado de entregar la cosecha a precio fijo. En las zonas menos aisladas de la sierra, y aun en las más atrasadas de la costa hay contacto con el Banco, pero muchos productores no pueden solicitar crédito, a pesar de que lo desean, porque no tienen resuelta la definición jurídica de la tenencia de su parcela. En algunos casos la limitación afecta a todo el ejido, especialmente a aquellos que no han sido debidamente parcelados, y en otros casos a los que cultivan de hecho una parcela ejidal, pero no se hallan registrados en el censo ejidal, avocindados, precaristas y ampliacionistas que cuentan con la anuencia de las autoridades, pero no tienen ni tendrán por mucho tiempo autorización debidamente legalizada. Por último, el grupo más numeroso lo constituyen los ejidatarios pobres y medios de toda la región, que no quieren solicitar crédito por miedo al endeudamiento, a que una mala cosecha, sin seguro, les impida saldar la deuda contraída.

El cuadro 10 nos ofrece, por otra parte, una imagen sorprendente respecto a la distribución del crédito y sus significados económico y social. En primer lugar, el porcentaje de la masa de dinero disponible que va a parar a manos de los campesinos pobres es casi insignificante, pero cubre la mayor parte de los ejidatarios con crédito: el 63 por ciento de los solicitantes recibió sólo el 5 por ciento del dinero destinado a sus préstamos, con un volumen medio de 4 500 pesos por unidad. En segundo lugar, una pequeña minoría de solicitantes, el 2.7 por ciento del total de ejidatarios con crédito, absorbe nada menos que el 75 por ciento del total destinado a préstamos, con un valor medio de 1 600 000 pesos por unidad, pero dentro de este grupo se diferencia una minoría aún más reducida que, representando el 1.5 por ciento del total, capta el 65 por ciento del crédito otorgado, con un valor medio de 2 300 000 pesos por unidad. El resto se ubica entre ambos extremos, agrupa al 33 por ciento de los ejidatarios, entre quienes se distribuye el 20 por ciento del crédito total con un valor de 21 500 pesos por unidad.

Estos datos nos revelan que, en términos de dinero efectivamente prestado, el sistema financiero no está realizando esfuerzos significativos para ayudar, me-

¹¹ La insuficiencia del crédito para los campesinos medios, el maltrato y la malversación de los funcionarios y las innumerables trabas burocráticas que opone el banco, han sido los temas preferidos de muchos informantes clave. Ciertos reclamos aparecen en algunos estudios parciales, como por ejemplo, Pider: Planes y programas para los municipios de La Unión y José Azueta. Año, 1978.

Cuadro 10

Monto del crédito obtenido por ejidatarios de la zona conurbada del río Balsas, 1980

Municipio	Menos de 5,000	5001-10,000	10,001-50,000	50,0001-200,000	200,001-500,000	+ de 500,000						
José Azueta	15	39,000	7	52,500	21	539,700	3	289,800	1	500,000		
Coahuayutla	33	102,300	11	85,800	6	84,000						
La Unión	20	54,000	9	65,700	15	430,500	1	130,000		4,000,000		
Arteaga	3	7,500	7	52,500	5	120,000				2,000,000		
Lázaro Cárdenas	10	33,000	6	49,800	12	312,000	3	259,800	1	500,000	1	1,000,000
Total	81	235,800	40	306,300	59	1,486,200	7	679,600	2	1,000,000	3	7,000,000

Fuente: Idem.

dian­te la utilización de este recurso, a modificar la situación de la enorme mayoría de los productores individuales. No sólo es despreciable la masa de capital que se invierte en este sector social, sino que los 4 500 pesos de promedio por unidad, en nada puede afectar la estructura y la lógica de producción de esas pequeñas explotaciones. Serán en todo caso, remedios de urgencia para impedir que las frecuentes situaciones de crisis por las que pasan los campesinos “de temporal” no conduzcan a la disolución definitiva del trabajo en la parcela.

En otro sentido, la demanda de préstamo que supera el millón y medio de pesos, no sólo muestra la vocación del sistema financiero para apoyar decididamente a los pequeños grupos empresariales que surgen dentro del ejido, sino el hecho de que esos grupos existen y se hallan en un proceso de consolidación y expansión tal que pueden decidirse a contraer obligaciones de esa magnitud. Como debe suponerse en función de los análisis anteriores, el 40 por ciento de los ejidatarios empresarios así detectados, se concentran en la subregión de la costa y de ellos la mayor parte se halla radicada en el municipio de L. Cárdenas.

La comercialización

Mucho más desfavorable que las relaciones de apropiación que hemos visto, es la que se establece en la actualidad entre el productor y el sistema de comercialización. El sistema de comercialización puede ser descrito como una compleja red de canales de transmisión entre el productor y los acaparadores de productos agrícolas, con diversas características y modalidades de operación según los siguientes factores: el tipo de subregión, su comunicación física con el mercado, el tipo de productor, el tipo de producto y las características sociales y económicas del comerciante acaparador.

En el proceso global de producción-circulación-apropiación de los excedentes, las relaciones de comercialización, tanto de venta como de compra de bienes e insumos, sintetizan y aprovechan en favor de determinados sujetos sociales, todas las limitaciones estructurales que afectan la evolución de las economías campesinas de la región. En efecto, el monopolio de la comercialización, y sus efectos, obedece tanto a la presión que distintos tipos de acaparadores ejercen sobre los productores campesinos, poco habituados a establecer relaciones mercantiles a través de sus productos, como a las dificultades objetivas y subjetivas que éstos tienen para iniciar un proceso de comercialización independiente. El comerciante, transportista y prestamista usurario es, al mismo tiempo, causa y complemento casi necesario de la pobreza del campesino. La eliminación de su función intermediaria y expoliadora supone, simultáneamente, la superación de las limitaciones estructurales que aquejan a la reproducción de las economías campesinas. El comerciante acaparador aprovecha no sólo la imposibilidad del campesino para llegar con recursos propios al final del ciclo productivo, sino también su aislamiento físico en las regiones de la sierra, su aislamiento social, su falta de información, su falta de tradición para las transacciones comerciales, etc. Se apoya en la posibilidad de acopiar y comercializar en conjunto una multitud de pequeñas fracciones del producto, captadas individualmente a bajos precios y

de las cuales extrae pequeñas porciones de excedente. Estas operaciones, que incluyen, además del transporte y acopio, en muchos casos la recolección del producto, no pueden ser encaradas directamente por el pequeño productor, lo limita la falta de recursos para invertir en ellas y para prolongar la venta, hasta que se presenta una situación favorable en el mercado. Tanto sea por una, por algunas o por todas las razones enunciadas, la inmensa mayoría de los productores de la región no tiene un verdadero contacto con el mercado, no es ni siquiera espectadora de los juegos estacionales de oferta y demanda, no puede comparar ni elegir precios, ni condiciones de comercialización, no tiene capital, implementos, vehículos, ni bodegas para decidir vender al mejor postor en el contexto regional. En la mayoría de los casos, no alcanza a ofrecer en los mercados de ciudades vecinas. Su ámbito de acción finaliza generalmente, en la puerta de su finca o en el mostrador de los comercios acaparadores de la localidad ejidal.¹²

III. LA PLANIFICACIÓN DEL SECTOR AGRARIO Y LA INTEGRACIÓN REGIONAL

El proceso de desintegración regional

No creemos necesario demostrar que la región polarizada es en la actualidad, sólo una "región plan", un ámbito espacial delimitado políticamente por jurisdicciones municipales, para ordenar en algún sentido las políticas de gobierno de fomento e inversión. Ello explica que en su estructura interna se halla compuesta por dos subregiones diferentes —en su medio ecológico, en su estructura productiva, en su organización social y aun en su cultura— que, además, se hallan profundamente desarticuladas entre sí y en relación al contexto.

Las leyes de desarrollo que guían la evolución de ambos segmentos subregionales son diferentes por sus características, por sus ritmos de transformación y especialmente, por los resultados que van a producir en el mediano plazo. Resultados que autorizan a pronosticar tanto un nivel de diferenciación creciente en los estilos y posibilidades de desarrollo como una ampliación de las tendencias que pugnan por profundizar aún más el estado actual de desintegración intraregional.

Las inversiones realizadas en la franja costera, las políticas de asistencia técnica, de fomento y, sobre todo, la habilitación del distrito de riego, han acelerado y deformado la evolución de la agricultura comercial-capitalista, que por otra parte, ya estaba presente en el sector antes de producirse el impacto de los dos enclaves urbanos. La subregión de la montaña, en cambio, se ha mostrado indiferente a los estímulos indirectos del crecimiento económico y demográfico de Zihuatanejo y L. Cárdenas. Tampoco recibe ninguno de los beneficios que supuestamente deberían irradiarse desde los enclaves, con excepción de la mínima "derrama" en salarios provocada por la realización de algunas de las grandes

¹² Christian Mercier, *op.cit.*

obras localizadas en su territorio. El estancamiento económico de la subregión va unido a un progresivo deterioro de las condiciones naturales, de las posibilidades de trabajo y, especialmente, de los niveles de vida de un amplísimo estrato de población campesina. Una población que había comenzado a expulsar sus excedentes hacia el centro del país y hacia los EE.UU. mucho tiempo antes que aparecieran las oportunidades de ocupación en los enclaves urbanos.

En un área de baja productividad, con rendimientos decrecientes que han llegado a igualar los índices más bajos del país, la emigración de la población excedente, la subocupación, la pobreza y subalimentación crónicas de la inmensa mayoría de los contingentes campesinos de la montaña, resultan males endémicos sin perspectivas inmediatas de superación. Si a ello agregamos el aislamiento geográfico, la ausencia casi total de vías de comunicación, el abandono estatal en servicios de salud y educación, podemos entender de qué forma la pobreza se halla unida a un injustificado estado de indigencia social y de atraso cultural, que llega al extremo de producir un 90 por ciento de analfabetismo entre la población adulta. Esto explica, por otra parte, la resistencia de los campesinos a modificar su arraigado tradicionalismo tecnológico y la aparición de las nuevas formas paternalistas que han asumido los diversos organismos estatales. Una modalidad de relación que además de haber traicionado en la práctica el logro de sus objetivos originales, se ha apropiado aún más de la iniciativa campesina. Por este camino, los intentos de recuperación han devenido generalmente en su contrario, reforzando las presiones sociales que lo condenan al aislamiento, a la pasividad y al marginamiento. Sin auténtico apoyo del Estado, carente de recursos naturales, de medios económicos, sociales y culturales, el campesino se halla condenado a una infructuosa lucha por la sobrevivencia que terminará por agotarlo y expulsarlo del lugar donde se sucedieron muchas de sus generaciones anteriores.

En la subregión de la costa hay algunos problemas similares a los de la montaña. Todavía persiste en las áreas de temporal la diseminación de campesinos dispersos que cultivan para la autosubsistencia en las estribaciones menores de los cerros. Cada vez es más grande el número de campesinos sin tierra y la presión que ejercen los avocados por apropiarse definitivamente de algunas parcelas ejidales. La presencia dominante de los comerciantes, intermediarios, acaparadores es quizás más perniciosa para las economías campesinas que entre los ejidatarios de la sierra. Una cantidad muy importante de campesinos abandona sus parcelas para tentar fortuna en las grandes ciudades de la región. El crédito es más abundante, pero se otorga y se administra con la misma arbitrariedad y falta de criterio que comentamos en las situaciones anteriores. Existe una gran cantidad de tierra apta no desmontada u ociosa, o mal aprovechada que puede incorporarse a una estrategia de expansión de los cultivos y de la producción agrícola. La tendencia a la monoproducción de frutales y el abandono de los cultivos básicos de ciclo corto, ha llegado a asumir niveles alarmantes en algunas microrregiones. La incorporación de la ganadería durante los últimos años se ha convertido en una alternativa accesible para superar el actual "agotamiento" de las posibilidades de los ejidos temporales. En estas áreas continúan sucediéndose los criterios tradicionales para organizar la producción agrícola y el desarrollo de la ganadería extensiva. Los conflictos interejidales por deslindes de fronteras territoriales, la oposición entre ejidatarios, avocados y ampliacionistas,

el acaparamiento de tierras, las luchas legales, con los grandes propietarios privados, etc., alimentan conflictos aún más agudos que los que observamos en la montaña.¹³

Sin embargo, estos fenómenos cobran otra significación en el contexto social en que se desenvuelve la agricultura de la costa. En pocos casos obedecen a las mismas causas que impiden la transformación de las actividades productivas en la montaña. Se inscriben, además, en un proceso de desarrollo que siempre ha tenido características diferentes y que en los últimos años ha agudizado sus particularidades históricas. Es cierto que la producción agrícola considerada globalmente, ha tenido muy bajas tasas de crecimiento en la década pasada, que tanto la superficie ocupada como la productividad y el valor generado se hallan muy por debajo de lo que debería esperarse si tenemos en cuenta el desarrollo de inversiones en infraestructura y otros renglones. Pero esa situación, ampliamente reconocida, no puede ocultar la presencia cada vez más preponderante de nuevos fenómenos sociales que van a incidir muy fuertemente en las leyes de evolución subregional en un futuro próximo.

Es nuestra opinión que, el distrito de riego, el crecimiento de los enclaves urbanos, la extensión de la infraestructura física y los servicios sociales, la presencia dominante de la industria y el turismo, etc., van a provocar, cada uno a su manera, una redefinición tanto de la estructura agraria como de la función que la agricultura debe cumplir en el modelo actual de desarrollo regional polarizado. Podemos enunciar este complejo proceso con una sola proposición: las formas empresariales capitalistas de organización del trabajo, orientación de la producción, inversión de capital, utilización del crédito, vinculación con el mercado, etc., han comenzado a avanzar aceleradamente "dentro" del contexto anterior caracterizado por un predominio absoluto de las economías campesinas.¹⁴

Hay tres factores visibles que limitan, sin embargo, el desarrollo de la actividad empresarial en el campo. Ellos son: la permanente inflación de precios en el mercado regional, provocada por el acelerado crecimiento de los enclaves urbanos; la constante disminución de la oferta de mano de obra asalariada, en el sector rural, inducida por un mejoramiento en los salarios y en las condiciones de trabajo del sector urbano, y, por último, el desproporcionado aumento de la expansión territorial de los asentamientos urbanos así como el crecimiento demográfico, la acumulación de riqueza y la emergencia de sectores sociales cada vez más poderosos.

Desarrollo sectorial o desarrollo regional

Partiendo del supuesto, cierto, que la lógica espontánea de los enclaves urbanos no tiene capacidad para el desarrollo y la integración regional, se plantean a los organismos de planificación tres alternativas. La primera, se reduce a acompa-

¹³ CONURBAL: Diagnóstico agrícola de la Zona Conurbada. Lázaro Cárdenas, 1981, mimeo.

¹⁴ SARH: Distrito de riego J.M. Morelos: Informe sobre la situación actual del distrito, Lázaro Cárdenas. Año, 1980.

ñar la tendencia objetiva actual a la diferenciación y desintegración intrarregional tratando de corregir, con cierto tipo de acciones e inversiones planificadas, los aspectos más deformantes del proceso. La segunda, un poco más ambiciosa, consiste en la elaboración de metas y programas que mantengan los niveles de diferenciación dentro de los valores actuales, evitando su progresión ascendente, pero sin intentar la modificación del otro aspecto, la tendencia histórica hacia la desintegración intrarregional. La tercera, puede reunir ambos objetivos en un solo programa: elaborar un plan de desarrollo para el mediano plazo que acepte el desafío de transformar esta "región plan" en un espacio relativamente unificado, donde se aminoren las distancias intrarregionales y se ordenen las diversas actividades productivas en función de objetivos de progresiva integración; respetando, por otra parte, las limitaciones que supone la presencia dominante de las economías de enclave.

Las decisiones respecto a la función y el ordenamiento espacial de las actividades productivas en la "región plan" deben ir unidas, además, a la elección de metas y objetivos de carácter social y económico-sectorial. En relación a este último, el análisis anterior puso de manifiesto que la agricultura de la costa se está especializando aceleradamente en la producción de frutas tropicales destinadas a la exportación extrarregional. La implantación de árboles permanentes, en áreas de riego o de buena humedad, desaprovecha los recursos potenciales de la tierra e impide el desarrollo de cultivos intensivos que podrían abastecer una parte de la demanda regional de alimentos. En la montaña se da el fenómeno contrario: un antiguo proceso de sobreexplotación de los recursos naturales, con técnicas arcaicas, monoproducción y exceso de población, mantiene estática la frontera agrícola y genera un proceso avanzado de degradación ecológica. Movida por otras causas, aquí también la oferta de productos al mercado regional se halla muy por debajo de su capacidad potencial de producción. La expansión de la frontera, la sustitución de técnicas inadecuadas y la diversificación de la producción puede realizarse teniendo en cuenta, tanto las características de la demanda regional como las aptitudes agrológicas del suelo.

Una vez adoptado el criterio de organización espacial y complementación sectorial, es necesario definir los objetivos sociales de la estrategia de desarrollo regional. La estratificación social del área es compleja, con perfiles diferentes en cada una de las subregiones. Los intereses y la satisfacción de necesidades para cada estrato son distintos y, en muchos casos, también contradictorios. Habrá que elegir, entonces, cuáles serán los grupos sociales que tendrán atención preferente en relación con los objetivos y acciones previstas en el plan. Habrá que determinar si los objetivos de expansión y diversificación de los cultivos es compatible con la recuperación de los campesinos minifundistas, con el asentamiento de campesinos sin tierra, con el apoyo a campesinos medios de origen ejidal o con la promoción de empresarios en pleno proceso de acumulación. En ese sentido, la compatibilidad entre metas regionales, económicas y sociales, así como la elaboración del sistema de prioridades, debe ser producto de un tipo de análisis y evaluación política, que supera ampliamente el marco de este trabajo.

La selección de alternativas conduce, por último, a la determinación de la estrategia más adecuada para promover, difundir y organizar las acciones contenidas en el plan. En ese sentido, hay que desalentar, también, el estilo de

programación por proyectos sectoriales que predomina en los criterios de trabajo adoptados por la mayoría de las oficinas gubernamentales de la región. Tal como lo indicamos insistentemente a lo largo del trabajo, las posibilidades y las limitaciones de la inmensa mayoría de los productores depende de una serie de factores estructurales que se refuerzan mutuamente en su existencia y funcionamiento. Estos factores se agrupan en lo que hemos denominado estructura de la producción, proceso de producción, condiciones generales de la producción y condiciones sociales de la producción. Son cuatro dimensiones de la inserción de la producción campesina en el medio natural y en el contexto social que no pueden ser reforzadas o modificadas por separado sin correr el riesgo de reproducir los reiterados fracasos en que han caído la mayoría de los intentos realizados hasta hoy. No hay posibilidades de abrir nuevos espacios a la producción, asentar nuevos sujetos sociales, incorporar nuevos cultivos, modificar técnicas inadecuadas, financiar inversiones, corregir los mecanismos de comercialización, etc., tratando cada proceso por separado. Los proyectos seleccionados deben ser de promoción integral y deben abarcar y articular con cierto detalle los cuatro niveles mencionados.